

SOBRE EL SEDICENTE DILEMA WASHINGTON - MOSCU

Perplejidad ruso-norteamericana y angustia posbélica

SUMARIO

I.-Dos máculas posbélicas.—II.-El actual «momentismo» y la tradicional política exterior precautoria (un parangón aleccionador).—III.-El actual «tercerismo» europeo y su consistencia dialéctica. «Tercerismo», secesionismo y marginalismo, proyectados sobre el presente y referidos a una aleccionadora experiencia histórica.—IV.-La coyuntura de la Europa occidental y los Acuerdos de París de 1954.—V.-¿Son víctimas de la desorientación los dos grandes protagonistas posbélicos?—VI.-Lo permanente y lo episódico en política internacional y los peligros del «inmediatismo».—VII.-El problema de Formosa, en cuanto «test» de la política internacional norteamericana. La posición de los Estados Unidos en el Pacífico Occidental, afectada por la doble proyección de lo episódico y de lo permanente. Análisis y crítica del Mensaje de Eisenhower de 24 de enero de 1955. Un intento aclaratorio. La última gran contradicción de la política internacional norteamericana.—VIII.-La U. R. S. S. en la polémica. ¿Sabe Rusia exactamente hacia dónde encamina sus pasos? La «guerra fría», como instrumento de la iniciativa rusa y en cuanto agente de dispersión, respecto del mundo occidental. El monolito ruso, el colonismo europeo y el neocolonismo norteamericano. El espejismo de los planes quinquenales y la difícil asimilación del pastel chino. Los otros instrumentos de la política internacional rusa: las «ofensivas de paz» y la «paz fría», como plural manifestación de la perplejidad rusa y de la crisis abierta en Moscú en 1953. El trance de la Europa occidental y la indecisión ruso-norteamericana.



I

El mundo de la trasguerra, tan peligrosamente afectado por un proceso de dispersión, iniciado en 1945, se muestra por lo menos acorde, respecto del siguiente extremo: los años, limitados por las fechas de 1945 y 1955, han nutrido una década histórica, portadora de dos evidentes máculas; de un lado, el incuestionable dramatismo que nos cotorna a partir de 1945; de otro, lo que ese decenio encierra en su significación de ocaso posbélico. Apoyados sobre esa plural consideración, algunos exégetas han intentado formular diagnósis y brindar pronósticos, ninguno de los cuales se reputó de adecuado. Constituiría indisculpable pretensión por nuestra parte, intentar el esclarecimiento de un problema, que otros intérpretes no han conseguido perfilar en forma satisfactoria y conociendo nuestra limitada capacidad interpretativa, en las líneas subsiguientes intentaremos no incidir en el recorrido de caminos dialécticos, que sólo han servido para brindarnos una atormentadora versión, como único epílogo. De ahí que nuestro propósito se limite y especifique y por ello nos permitimos formular la siguiente pregunta: esa pluralidad de máculas pos-bélicas, ¿constituye cada una de ellas, aisladamente considerada, ejemplo patológico específico y diferenciado, de un mal, desconectado de otros, respecto del mismo coetáneos, o por el contrario,

En estas páginas se refleja, substancialmente, el contenido de dos conferencias, explicadas por el Catedrático de Derecho Internacional, Camilo Barcia Trelles, en el Aula Magna de la Universidad de Oviedo, los días 26 y 27 de abril de 1955.

lo que se ofrece a nuestra consideración no es otra cosa que una multiplicidad sintomática, cuyo conjunto está determinado por la preexistencia de un achaque básico? Si el problema queda afortunadamente planteado en las líneas precedentes, habremos dado un paso, no decisivo, pero sí posiblemente aclaratorio y es bien sabido que una cuestión, debidamente enfocada, es preanuncio de que nos encaminamos visiblemente hacia su posible eliminación. No es otro el objetivo por nosotros perseguido y de cuya realización, discutible o alcanzada, pueden dar cabal versión las apostillas subsiguientes.

II

Está adquiriendo progresiva difusión un término que ha sido lanzado a la circulación y que aspira a conquistar rango de apletivo definidor; aludimos al denominado *nomentismo*. Lo que esa palabra entraña como significación simbólica, es lo siguiente: desde 1945, el mundo internacional, indaga, con tanta reiteración como ineficacia, respecto de cuál pueda ser su futuro, e incapaz, hasta el presente, de anticipar lo que nos espera en un mañana incierto, considera que al actual hombre posbélico, sólo le resta una posibilidad: vivir el instante presente, huyendo del tormento que supondría, mirar con insistencia y decisión hacia el futuro. En una palabra, el mundo posbélico, afectado por la desesperanza y como único medio de atenuar, engañosamente, el pesimismo que lo atormenta, pretende vivir convirtiendo el futuro en esa simbólica ala de avestruz, tras la cual nos ocultamos haciéndonos la ilusión de que aquello que nuestra vista no percibe, si echamos mano de la obturación desenlazamos en un alivio aparentemente quietador. Esa inclinación oculista e inhibitoria a la vez, es nueva y sorprendente, pues si bien nos parece evidente que Europa, virtualmente a partir del siglo XVI, viene practicando una política internacional, no exenta de peligrosidad, consideramos igualmente innegable que esa política tradicional inestable, que engendra el sistema del riesgo calculado, secuela inseparable de la téc-

nica inspirada en el equilibrio político, resulta ser en cierto modo previsor, ya que por lo menos, en lo que atañe a un no muy distante futuro, se adoptan medidas precautorias, capaces de evitar sorpresas, susceptibles de impedir la puesta en práctica de la denominada «balance of power». La imagen respecto a lo que significaba aquel triunvirato omnipotente, integrado por Carlos I de España y V de Alemania, Francisco I de Francia y Enrique VIII de Inglaterra, venturosamente caracterizada por Francisco Bacon, gran Canciller británico, cuando escribía: «Es algo memorable y que aparece hoy tan reciente, como si se hubiese acontecido en nuestros días, de que manera el triunvirato de Reyes, Enrique VIII de Inglaterra, Francisco I de Francia y Carlos V, Emperador y Rey de España, había sido previsor en su tiempo, ya que, apenas uno de los tres, ha podido ganar un pie de territorio, los otros dos dirigían sus esfuerzos en el sentido de reinstalar los asuntos de Europa, en una balanza, mantenida equilibradamente» (1). La realidad a que alude el Canciller Bacon, significa que los monarcas integrantes de aquella trilogía, más o menos desacorde, se nos ofrecían, como portadores de un intento acentuadamente complejo y como tal eficiente; de un lado, las Casas de Francia y Austria, aspiraban a implantar su preeminencia, al propio tiempo que una tercera fuerza, claramente amenazada por la hegemonía potencial de los dos grandes monarcas geócratas, dirigía sus esfuerzos a revestirse de arbitro, equidistante de las omnipotencias austriaca y francesa, con lo cual, no sólo vigilaba cuidadosamente los movimientos de los dos monarcas europeos, sino que retiraba evidente provecho de su acción mediatriz, al servir los intereses específicos de Inglaterra, cimentados sobre el dominio de los mares, ambición malograda, si en tierra firme europea se asentaba una hegemonía de modo evidente.

Indudablemente, la política internacional británica, inspirada en las prácticas de la «balance of power», introducía

(1) F. Bacon «Considerations politiques pour entreprendre la guerre contre l'Espagne» (traduction Mangars. Paris 1634, pág. 19).

en la dinámica europea un inquietante factor de episodismo, y al propio tiempo *insularizaba* el problema continental, despojando a la tierra firme de toda posibilidad protagonista. Pero consideramos no menos evidente, que aún dentro de la contingencia que portaba en sus entrañas aquella política internacional, no todo era incertidumbre ni implicaba riesgo incómodo, que porta el que siempre vive al día. Aseverar que la situación de la actual Europa posbélica tiene semejanza con aquella del primer tercio del siglo XVI, constituye, a nuestro entender, versión inaceptable. Es cierto que aún hoy existe en Europa un no desdeñable sector de opinión, que arguye del siguiente modo: cuando dos naciones (en este caso Rusia y los Estados Unidos), ocupan en la esfera internacional una situación columbrante, la misión del mundo, situado al margen de Wáshington y Moscú, no consiste en adscribirse a uno u otro de ambos Estados hegemonzantes, ya que esa opción, consumada, de un lado, nos traería la inevitabilidad de un choque entre los dos colosos y el desenlace de esa pugna no sería otro que el triunfo, aplastante —aún cuando sólo en apariencia— de aquel de los dos ingentes discrepantes, que consiguiese sumar la participación de la fuerzas marginales, dando así ocasión para la instalación de una monstruosa cosmocracia. Argüir en tal sentido no equivaldría a otra cosa que a solicitar como mal menor la aparición en la zona europea de un nuevo Enrique VIII, cuya acción compensátriz impusiese respeto y provocase una reacción, cautelosa y prudente, tanto en Wáshington, como en Moscú.

La anterior versión, aparentemente atractiva, explica el porqué se abrió camino la idea de constituir una «tercera fuerza», huyendo así la Europa occidental del riesgo evidente que hoy corre: transformarse, a largo plazo, en satélite de Rusia o de los Estados Unidos. En las alegaciones precedentes, acaso encuentre el lector explicación adecuada e incluso para algunos justificativa, de la posición dialéctica adoptada por aquellos que consideran como defendible aspiración, la de soslayar el llamado dilema Wáshington-Moscú, aduciendo a tal efecto que la misión de la Europa occidental posbélica, ha de ser algo más que la de una irremediable opción entre los dos grandes discrepantes posbélicos, op-

ción que equivale a la renuncia, no por indirecta menos evidente, de la plurisecular prestancia histórica, vinculada a Europa. Incluso para muchos observadores del actual panorama europeo, resulta inexplicable, ya que no punible, esa especie de fatalismo del mundo occidental, signo específico de que Europa se resigna ante la pérdida de su posición destacada, sin ofrecer ni siquiera un intento de reacción, que logre evadirla de tan lamentable epílogo.

III

Todas las consignadas invocaciones, debidamente engarzadas dejan honda huella en el ánimo del europeo occidental y así se van engrosando los efectivos, de quienes abogan por la instalación de una «tercera fuerza», que liberte al viejo mundo del inquietante dilema Washington-Moscú. Nosotros consideramos que el contenido dialéctico de los *terceristas*, si ofreciese consistencia, tendría para los europeos —entre los cuales nos incluimos—, un poder de absorción irresistible y como no nos sentimos atraídos por la órbita tercerista, bueno será que expongamos el por qué de nuestro secesionismo.

La denominada *tercera fuerza*, si se aspira a su instalación, de manera que no resulte precaria, ha de reunir inexcusablemente dos condiciones: estar dotada de sentido positivo y articularse sin reservas, que mermarían su efectividad. Ambas condiciones no concurren en los animadores del *tercerismo* o por lo menos acusan su ausencia, en lo que atañe a ciertos elementos, alineados en el precitado sector polémico. Plural consideración que parece defendible, si tenemos en cuenta: 1.º Que un sector del *tercerismo*, está integrado por neutralistas, para los cuales todo el problema internacional presente puede ser encarado, simplemente desentendiéndose del duelo Washington-Moscú, practicando un marginalismo sistemático. Bien se nos alcanza que el *tercerismo* no puede ser realidad sin desconectarse previamente, quienes lo propugnan, de Washington y de Moscú; más esa imagen matemática de la equidistancia, nos parece recusable, ya que una cosa es huir de los peligros del sateli-

tismo y otra actuar con tal grado de marginalismo rígido, que nos induzca a tornar la espalda —sistemáticamente y sin gradaciones— tanto a Washington como a Moscú, por cuanto, aun instalada esa hipotética tercera fuerza, quienes la nutriesen, no podrían en modo alguno mostrarse insensibles, respecto de las diferencias que separan a los Estados Unidos y a Rusia. Por el contrario, aun constituyendo ese poder con ambiciones autonómicas en la Europa occidental, su viabilidad no dependería tan solo de las condiciones intrínsecas de dicho bloque, antes bien debiera relacionarse con la reacción de Washington y de Moscú e indagar si de América venía el estímulo para facilitar esa labor aglutinadora y de Eurasia la oposición a tal designio; esta nota diferencial nos parece digna de consideración y el neutralismo, por contenido y designio, imposibilita abiertamente su puesta en práctica. 2.º Téngase en cuenta que muchos de los *terceristas*, consideran que lo prudente en este caso consiste en distanciarse del dilema apuntado. Postura, dialécticamente considerada, de una inocencia increíble, ya que no basta significar a Washington o a Moscú, el firme propósito de huir de su respectiva esfera de influencia, sino que es preciso articular el propugnado marginalismo, fortaleciendo y completando, lo que tiene de pasivo, con un dispositivo de fuerza, capaz de servir a su defensa, en el supuesto de registrar los efectos de una presión acentuada.

Consignado lo que precede, ¿debe deducirse que nosotros todo lo centramos en la necesidad del fortalecimiento castrense de la tercera fuerza? En modo alguno; un poder militar no es artíflugio substantivo y sólo tiene justificación, cuando se piensa en su empleo al servicio de una finalidad, debidamente perfilada, de tipo permanente y así como en la esfera interna el ejército es el brazo armado de la patria, en el campo internacional y en este período posbélico no puede tener justificación si no se considera como elemento coactivo de una superestructura. Considerado lo que precede conviene no olvidar que muchos de los *terceristas*, han exteriorizado su clara oposición hacia cuanto signifique integración de la Europa occidental, de cuya aspiración se nos ofrece una versión articulada, en el tratado de 27 de

mayo de 1952, instituyendo la Comunidad Europea de Defensa. Especialmente se exteriorizó esa hostilidad, por parte de un poderoso sector político francés, ofensiva que rindió sus frutos, cuando la Asamblea Nacional, en agosto de 1954, no otorgó el número de votos, constitucionalmente necesarios, para aprobar primero y ratificar después, el tratado de 1952.

Es éste uno de los muchos síntomas de incoherencia que nos viene ofreciendo la Europa séxtuple, posturas dialécticas contradictorias, que afectan vitalmente al designio de reinstalar en occidente un protagonismo plurisecular, a cuyo rescate se aspira, si bien tal propósito finalista, tropieza con obstáculos, deducidos de ese parcialismo argumental, tan pernicioso para la Europa occidental posbélica.

Cuando se indaga respecto a cuales puedan ser causas determinantes de esa perniciosa dispersión que Europa padece, se ofrecen distintos intentos esclarecedores, a cuya íntegra enumeración renunciamos, por estimar que una exposición exhaustiva de su contenido, más contribuye a incrementar la confusión imperante, que al logro de su deseable atenuación. Acaso una de las razones menos recusables, puede ser la siguiente: Europa, tornando la vista al pasado, más o menos inmediato, deduce de este balance retrospectivo, que si un determinado sistema le ha deparado coyuntura para retener en sus manos el mando de la política occidental, tarea dirigente prolongada a lo largo de casi cinco siglos, de esa lección de experiencia debe lógicamente inducirse, que si practicando el sistema del equilibrio político, le fué dable a Europa retener la hegemonía, con proyección ecuménica, no existe razón para abandonar esa táctica compensatriz en política internacional y que actualmente, frente al sistema dualista de la preeminencia, coetánea y disconforme, de Rusia y Norteamérica, se construya un tercer elemento de contrapeso, representado por una Europa, que aspire pluralmente a liberarse, del satelitismo impuesto por Rusia y de la hegemonía, no por más tolerante, menos evidente, de los Estados Unidos de Norteamérica. Esta inclinación secesionista y liberadora, respecto del duelo Washington-Moscú, ha encontrado explicable eco en el mundo occidental, atrac-

ción que también a nosotros nos alcanza, pero a la cual debemos oponer más de un reparo, generado por la siguiente convicción: los alentadores del secesionismo, tejen su argumentación, manejando, más que realidades, tópicos hoy irremediabilmente anacrónicos. Es cierto que Europa pudo construir su sistema internacional, con base en la práctica del sistema del equilibrio político. No menos evidente nos parece que Inglaterra ha venido desempeñando, respecto de la tierra firme europea, el papel de tercera fuerza, aun cuando no enteramente marginal, como aquella cuya instauración se propugna en los instantes presentes, ya que Albión nunca se decidió a participar en contiendas continentales sin la cooperación de Estados europeos, condición ésta que impedía la puesta en práctica de un auténtico marginalismo; de ahí que la acción de Inglaterra respecto de Europa, revistiese la condición de intermitente. Ahora bien, en ese período histórico, tan insistentemente invocado (nunca el afán de reinstalar el equilibrio político ha estado tan a la moda, como en estos años posbélicos), el problema se planteaba entre Monarquías, ninguna de las cuales se había construido a escala continental. Por si ello fuera poco, los tres grandes monarcas del primer tercio del siglo XVI, soberanos más o menos discrepantes, actuaban como voceros, indiscutidos e indiscutibles, de un Estado que los respaldaba plenamente. ¿Puede esta diagnosis aplicarse al período histórico que arranca de 1945? Respondemos negativamente y como un disentimiento, tan escuetamente expresado, podría interpretarse como afirmación arbitraria, será bueno que digamos al lector cual es la causa explicativa de nuestro disentimiento.

Al margen de la distancia temporal que separa dos experiencias, entre las cuales se interpone el sucederse de varios siglos y refiriéndonos al contenido substancial del problema, percibimos las siguientes notas de disparidad: los protagonistas de pasadas centurias, eran Estados específicamente europeos y ninguno de ellos se podía medir a escala continental; en contraste, hoy los dos Estados que ostentan posición de clara preeminencia (Rusia y Norteamérica), deben considerarse, pluralmente, como naciones extraeuropeas y en cuanto unidades continentales. El contraste que puede

deducirse parangonando ambos supuestos, es trascendente, asomando la ausencia de paridad y, por tanto, resulta imposible situar en un mismo plano calificativo, dos realidades tan abiertamente alejadas entre sí, consecuencia de fácil captación, pese a lo cual no todos los intérpretes del momento internacional presente han sabido valorar lo que tal disparidad implica. Por lo cual, si se intenta galvanizar el sistema del equilibrio político, resultará en vano todo propósito de prórroga, que ignore algo tan elemental como lo siguiente: si el equilibrio sólo puede realizarse a base de un criterio compensatriz, es preciso considerar como requisito *sine qua non*, la relativa igualdad de poder, que habrá de situarse en uno u otro platillo de la balanza. Si, por consiguiente, se prolonga la actual situación fáctica, la Europa occidental carecerá de peso, para actuar como elemento de compensación respecto de Rusia y Norteamérica y estas dos últimas naciones, situadas en posición de preeminencia, incompañada por los otros Estados, prolongarán —no sabemos por cuanto tiempo— su presente situación, espectante y vigilante a la vez, pero como se trata de un fenómeno fatalmente episódico, advendrá el día, anunciando que entre los dos colosos se produjo el choque, sin que la Europa occidental pueda evitarlo, pero sin que tampoco le sea dable desentenderse de tal pugna, ni vivir al margen de la misma, practicando una neutralidad irrealizable.

IV

Se nos dirá, ¿es que a la Europa posbélica, afectada por el notorio descenso de su poder, determinado por la específica merma de su fortaleza y por el incremento que, como contraste, se registró en Rusia y Norteamérica, no le costa otra posibilidad que vivir en la espera de que suene en el reloj de la historia la hora trágica, anuncio de que será arrastrada por el terrible alud que brotará del choque entre Washington y Moscú? La respuesta se nos antoja de tal modo evidente, que no acertamos a comprender como no ha servido de acicate a cuantos en esta hora acaso de-

cisiva, se entregan inexplicablemente al cultivo del bizantinismo. La Europa occidental debe atenerse a esta inmensa e insustituible verdad: si cada uno de los Estados del viejo mundo no tiene condición de unidad continental, para posibilitar que nazca un ente de tales dimensiones, sólo resta un procedimiento: enterrar el aldeano parroquialismo europeo y reemplazarlo por una integración de tipo orgánico y permanente, que abarque a todos esos Estados, obstinados con la idea de vivir autónomicamente. De lo cual se deduce igualmente (y la consecuencia es no menos relevante) que el clásico sistema del equilibrio político, es preciso considerarlo como pieza de museo. Europa había iniciado su marcha por un acertado camino —el tratado de 1952—, punto de arranque de su integración, pero, desgraciadamente, aquel propósito fué malogrado, de un lado, por la obstinación de Francia, atendida a la puesta en práctica de un nacionalismo absoluto, y, de otro, por el neoinsularismo británico, que le impedía comprender cuanto había de equivocación en su afán de galvanizar el insularismo.

Se argüirá en el sentido de que, si bien se malogró el tratado de 1952, no es menos cierto que la perseguida integración de la Europa occidental encontró eco en los Protocolos de Londres y en los acuerdos de París de 1954. Los que en tal sentido replican, ignoran, que, en última instancia, los Protocolos de Londres y los Acuerdos de París, constituyen, en esencia, un nuevo modo de concertar alianzas, sin otra novedad que la inclusión de Alemania en tal artilugio, como lo evidencia el hecho de que esos Protocolos no constituyen más que el propósito de reactualizar un tratado de alianza, como lo es incuestionablemente, el Pacto de la Unión Occidental, signado en Bruselas el 17 de mayo de 1948. En una palabra, que no salimos del área del episodismo y consiguientemente se prorroga el desequilibrio amenazador, que impera en el mundo, a partir de 1945.

V

Tal vez alguien piense que nosotros, arrastrados por una excesiva preocupación crítica, no nos damos cuenta de que

todo objetante, más o menos sistemático, corre un evidente riesgo: el de olvidar el discrepante que vive bajo un techado de vidrio y que su vulnerabilidad está claramente a la vista. ¿Cómo podría articularse esa objeción, esta vez dedicada a rebatir nuestra tesis? Creemos que de esta manera: desde 1945 y especialmente a partir de 1948, se viene haciendo reiterada alusión a la existencia de dos mundos: uno satelitizado, otro que se denomina mundo libre y esa diferencia calificativa significa, que no tan sólo nos encontramos frente al específico problema del desequilibrio político, sino que a esa evidencia se agrega otra que la complementa, a saber, que los actuales titulares de la preeminencia internacional, encarnan, respectivamente, dos modos distintos y acaso antitéticos, en lo que atañe a cómo debe concebirse la misión del hombre sobre la tierra, esto es, si el Estado sólo tiene justificación en cuanto contribuye a la dignificación de la persona humana, o, si, por el contrario, al hombre no le resta más misión que la deplorable de convertirse en pobre partícula, aplastado por la omnipotencia de un régimen político-social, más inhumano aún que deshumanizado. A tenor del anterior reparo presenciáramos un auténtico fenómeno de yuxtaposición, por cuanto, tanto los Estados Unidos como Rusia, a su actual e inquietante preeminencia, agregan la condición de ser cada uno de ellos encarnación de un sistema político-social definido. Si tal versión fuese exacta, podría formularse la terrible conclusión siguiente: al mundo, no incluido en el área política de Rusia y Norteamérica, no le resta más posibilidad que la de alinearse a uno de esos dos sectores polémicos y tomar parte activa en una batalla, llamada a ser decisiva. Dicho en otros términos: tanto Rusia como Norteamérica, pisan terreno, dialécticamente firme, saben hacia donde se encaminan y ante esa decidida marcha, los Estados marginales y perplejos, se ven irremediamente privados de iniciativa y deben pensar sólo en convertirse en ímeros sumandos de Norteamérica o de Rusia.

Sin vacilación posible, declaramos inaceptable la anterior versión, por abrigar la convicción de que, si bien es cierto que las coyunturas posbélicas han facilitado la aparición de esa plural preeminencia, ninguno de esos Estados,

construídos a escala continental, sabe exactamente cuál es el puerto de destino hacia el cual poner proa. Bien se nos alcanza que tal apreciación choca abiertamente con otra exégesis ampliamente difundida y a cuyo tenor lo que precisamente inquieta al mundo es el contraste ofrecido por Rusia y Norteamérica, la primera portadora de unos designios internacionales, claros, definidos y coherentes y la segunda sumida, desde 1945, en las más inquietantes perplejidades, que se reiteran en la misma medida en que los Estados Unidos rectifican su política internacional, sin que los sucesivos retoques sirvan para fortalecer la posición dialéctica norteamericana. A nuestro entender, no puede apreciarse una diferencia substancial en el modo de concebir y realizar su respectiva política internacional Norteamérica y Rusia y como esta apreciación sorprenderá a los muchos partidarios de la tesis dilemática Washington-Moscú, por si es posible aliviar tal impresión, quisiéramos pasar revista a cada uno de los factores que integran el problema.

VI

Así como hemos sostenido la tesis de que toda política internacional se integra por la conjunción de dos factores, uno necesario (Proyección de leyes geopolíticas) y otro voluntario (la fortuna o el desacierto achacable a los directores de la política internacional de un determinado país), creemos igualmente que tal imagen dual precisa de un aditamento y esa agregación no sería otra que la siguiente: los problemas de política internacional portan siempre en sus entrañas dos factores de trascendencia desigual, uno ocasional, otro permanente y que respecto de los mismos resultaría inadecuado aplicar parecidos métodos de acción; frente a problemas que se presentan requiriendo urgente solución, hemos de acudir a medidas de emergencia, pero sin perder de vista algo imprescindible, a saber, que esas reacciones episódicas deben planearse sin que puedan afectar a designios de índole perdurable, concebidos con vistas a un dilatado futuro. De ahí el riesgo que corren cuantos, en el período posbélico, se

dedican a la puesta en práctica de *inmediatismo*; el peligro del *inmediatismo* radica en la posibilidad de que, a largo plazo, las reacciones de emergencia resulten contradictorias entre sí y en definitiva debiliten e incluso maniaten a quien las practica. Un ejemplo, brindado por recientes experiencias, creemos puede servir al esclarecimiento de nuestra tesis: aludimos a la política internacional practicada en Casa Blanca, respecto de la inquietante cuestión de Extremo-Oriente.

VII

Dos problemas pueden incluirse en lo que atañe a las relaciones entre Pekín y Washington: 1.º la responsabilidad que han contraído los Estados Unidos, en cuanto signatarios y principales valedores de los tratados de alianza concluidos por Norteamérica con Filipinas y el Japón, convenios que implicaban la fijación de una línea defensiva de seguridad en el Pacífico y sin cuya previa delimitación se introduciría un peligroso factor de imprecisión respecto del *casus foederis*, ausencia que afectaría igualmente a la efectividad de las mencionadas alianzas; 2.º la posición de los Estados Unidos, en lo que atañe a la coexistencia de dos regímenes políticos en China, uno en período de ascensión y fortalecimiento y otro limitado a un reducto insular. Se trata, como el lector puede comprender, de dos problemas, aún cuando substancialmente desemejantes, ello no obstante, visiblemente conectados entre sí, habida cuenta de que la seguridad en el sector del Pacífico occidental, finalidad perseguida por los redactores de los mencionados pactos de alianza, está indefectiblemente ligada a la calidad del régimen político imperante en China, en el sentido de que la inseguridad en ese vital sector del Pacífico, se incrementará en la misma medida en que la China comunista, hoy asomada a sus propias costas y conectada a Rusia por un tratado de alianza, instalada en parte de sus islas adyacentes, fuese capaz de extender su soberanía a islas más alejadas, pero que geopolíticamente son complemento de la tierra firme, como es el caso de Formosa y Pescadores. Ahora bien, si sólo tu-

viésemos presentes los anteriores elementos de juicio, nuestro trabajo pecaría por incompleto y para no caer en esa parcialidad desvinculatoria, es preciso preguntarse: ¿cuál de esas cuestiones debe catalogarse en la esfera de lo contingente y cuál ha de considerarse como portadora de elementos de indudable permanencia? Es esta la nota diferencial y la cuestión crucial que en Washington no acertaron a encarar y si la enfocaron episódicamente, no ofrecieron desde la Secretaría de Estado señales de haber adoptado un firme criterio respecto de la misma. Ese silencio de Washington, no desvanecido por alusiones esporádicas del Presidente Eisenhower, resulta de difícil excusa, habida cuenta de que la apuntada tarea diferenciadora, nos parece de posible construcción, como intentaremos demostrar seguidamente.

Consideremos, ante todo, el primero de los dos factores señalados, conectado a un perceptible episodismo: Formosa, no como eslabón en la cadena defensiva norteamericana, en el Pacífico asiático, sino en cuanto postrer refugiado del Gobierno nacionalista superstite, aspecto del problema no vital, pese a cuanto se alega en el sentido de disparidad. Chiang Kai Check, instalado en Formosa, no puede significar otra cosa que el considerar a Formosa en cuanto trampolín, esto es, como punto de apoyo, para, en un impreciso futuro, dar el salto al continente e iniciar desde la tierra firme china, la posible reconquista de la inmensidad asiática. Esta versión de Formosa como cabeza de puente, pierde cada día más posibilidades de ejecución. Los propios Estados Unidos lo han reconocido; recuérdese a este propósito, lo decretado desde la Casa Blanca, al estallar, en junio de 1950, la guerra de Corea. En aquella época los Estados Unidos se veían embarcados en una aventura de incalculables consecuencias y para atenuar los riesgos que llevaba aparejada aquella contienda naciente, se imponía adoptar una medida precautoria, *sine qua non*, a saber, que Formosa, situada en la ruta que conducía al teatro de la beligerancia, no cayese en manos de quienes habían desencadenado una guerra de agresión, atravesando el paralelo 38, de norte a sur. Al propio tiempo, involucrando erróneamente problemas semejantes, se tenía en cuenta lo que significaba Formosa co-

mo posible trampolín y al objeto de evitar la extensión del incipiente conflicto coreano, se ofrecía a los comunistas chinos, de modo indirecto, la garantía de que Formosa no sería utilizada como punto de apoyo para intentar un desembarco en las costas opuestas; así se asignó a la VII Flota norteamericana una tarea específica: la de velar por la neutralización de Formosa, impidiendo la presencia de la VII Flota que los comunistas intentasen un golpe de mano sobre Formosa y evitando que Chiang Kai Check patrocinase un desembarco en tierra firme del continente asiático.

Como puede deducirse de la experiencia registrada en 1950, los Estados Unidos otorgaron preferencia al factor constante (impedir que Formosa fuese excluida de la línea defensiva norteamericana) y al logro de tal finalidad se sacrificó el otro factor (la significación atribuida al régimen de Taipéh, como base nuclear de una problemática China nacionalista). Si a la China, entonces comprometida en la aventura agresiva de Corea, procuraron los Estados Unidos no inquietarla con maniobras de distracción, tal renuncia a la acción parece aún más adecuada, ahora que China, libre momentáneamente de las preocupaciones coreanas, está en mejores condiciones de reaccionar ante una posible acción, proveniente de Formosa. Ello a la vez ponía claramente de manifiesto que la tesis asiaticante norteamericana (considerar a Chiang como núcleo posible de una reconquista china) camina irremediabilmente hacia el ocaso, declinar, que, como veremos, se acentúa en sentido epilodal, una vez conocido el contenido del Mensaje comunicado al Congreso de Washington por el Presidente Eisenhower el 24 de enero de 1955.

Sería en vano buscar en tal Mensaje una sólo alusión a Formosa, en cuanto trampolín para iniciar una invasión; en contraste, el Mensaje hace mención, insistente, del aspecto permanente del problema formosiano. A este propósito conviene no olvidar que todo el contenido polémico del Mensaje, gira en torno a la decisión de prestar ayuda a Formosa y Pescadores, como puntos de apoyo, vitales en la cadena defensiva norteamericana en el sector del Pacífico occidental. Eisenhower dice que Formosa y Pescadores en manos enemigas «dislocarían el actual, aún cuando inestable,

equilibrio moral, económico y de fuerzas militares, de que depende la paz en el Pacífico». Especial mención debe hacerse de éste otro párrafo: «Ello (la ocupación de Formosa y Pescadores por enemigos) abrirá una brecha en la cadena de islas del Pacífico occidental, que constituyen para los Estados Unidos y otras naciones libres, la espina dorsal geográfica de su estructura de seguridad en ese océano»; de ahí «la disposición de los Estados Unidos, para luchar, si es necesario, a fin de conservar el vital juego del mundo libre, en una Formosa libre y participar en cualesquiera operaciones, que puedan ser necesarias para llevar a cabo tal propósito».

Se alude en el Mensaje a Formosa y Pescadores, pero también se menciona la isla de Quemoy y, en términos genéricos, otra como la de Matsu. Ambas islas encierran una significación desemejante, según las consideremos de acuerdo con los designios de Pekín o de Washington. Para los comunistas, tanto Quemoy como Matsu tienen plural significación: en cuanto centinelas que guardan el acceso a los puertos de Amoy y Fuchov, respectivamente y como puntos de apoyo respecto de Formosa. La versión norteamericana constituye antítesis de la precedente, al considerar que las islas de Quemoy y Matsu, en manos comunistas, constituirían motivo de amenaza potencial respecto de Formosa y Pescadores.

Suponemos que una vez conocido el contenido del Mensaje de 23 de enero, todo lector desapasionado deducirá que Eisenhower, un poco tardíamente, ha situado las cosas en su lugar adecuado, dispensando preferente beligerancia al papel de Formosa y Pescadores, como eslabones en la cadena defensiva norteamericana. Así despojado el problema de todo factor contingente, es ya posible considerarlo en sus líneas vertebrales y permanentes y valorado en tal sentido, resulta que pasa a segundo plano el problema político planteado por la coexistencia de dos Chinas y cobra su específica proyección el factor geopolítico, a cuyo tenor se nos ofrece la plural y divergente proyección de una geocracia y una talascracia, persiguiendo cada una de ellas, pudiéramos decir, su específica y biológica finalidad. China considera a

Formosa y Pescadores como complemento geopolítico de la tierra firme y pensando que lo accesorio debe seguir a lo principal, no renunciará nunca al propósito de extender su esfera de acción a esa isla y a ese archipiélago del Pacífico occidental. La alegación china de que Formosa y Pescadores formaron parte integrante de la tierra firme, no es tan convincente. Formosa y Pescadores han sido japonesas desde que fuera firmado el tratado Simonoseki de 1895 hasta la firma del tratado yanqui-nipón de 8 de septiembre de 1951, entre cuyas cláusulas se inscribe una declarando que Japón *renuncia* a sus derechos soberanos sobre Formosa y Pescadores, pero sin que nada se diga respecto a quién ha de ser su adjudicatario. Es cierto que en la Declaración del Cairo, —1 diciembre 1943— se convino en que China llegaría a ser titular de esas islas, pero aquella promesa se hizo al entonces régimen imperante de Chiang Kai Check y si bien es cierto que posteriormente cayó la China de tierra firme, bajo el control del Gobierno de Pekín, no es menos cierto que se signó un tratado de alianza, en 14 febrero 1950, entre China y Rusia, que desvirtúa los términos de los acuerdos del Cairo, aparte consagrar la hegemonía rusa y reinstalar a Rusia en las ventajas de que se había visto privada, como consecuencia del tratado de Portsmouth de 5 de septiembre de 1905, que señalaba el ocaso de la política expansiva rusa en el extremo-oriente.

En lo que atañe a Norteamérica, siendo hoy una auténtica talasocracia, en medida y poder, carente de precedentes y de plural, se ve irremediabilmente impelida a lograr que las normas geopolíticas, específicas de toda talasocracia, no se vean afectadas y aún menos malogradas. A tal objeto ha concertado pactos de alianza y seguridad con Japón y Filipinas, Australia y Nueva Zelanda, pactos que quedarían reducidos a la condición de convenios inoperantes, si la única potencia signataria de los tres citados pactos, no pudiera garantizar su ejecución; para ello precisa disponer de esa serie de bases escalonadas en el sector insular del Pacífico asiático, ya que de otro modo, resultarían ineficientes esos pactos, se produciría el vacío originado por la ausencia norteamericana en esas latitudes y tanto el Japón como Fili-

pinas, caerían, tarde o temprano, dentro del área de acción de China, con evidente riesgo para Australia y Nueva Zelanda.

He ahí lo que hay de permanente en el problema que analizamos. La pugna, así potencialmente planteada puede ofrecer manifestaciones de pasajero *statu quo* o síntomas de agudización, pero a esa hostilidad potencial es preciso hacer frente, labor de inmensa complejidad y que acaso rebase la capacidad dialéctica, exegética y constructiva, de los gobernantes estadounidenses. No establecemos ese balance con sistemático ánimo de reproche; antes bien, consideramos que el achaque de perplejidad, padecido por los Estados Unidos, debe ser considerado con la máxima indulgencia, otorgando un crédito de confianza a la Casa Blanca y a su morador actual, al cual nos permitimos recordar lo que él reprochaba otrora a los demócratas: la técnica *del wait, and wait, and wait*, de cuyos perniciosos efectos quisiéramos ver enteramente liberado al actual Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica. Acaso se replique en el sentido de que Eisenhower no practica actualmente la política internacional del *wait, and wait, and wait*, sino la de *wait and see*, por cuanto el Presidente norteamericano, cuando se plantea un problema acuciante no difiere la adopción de una posición reactiva; ello es evidente, pero no resulta menos cierto que en ese episodismo está contenida tal posibilidad de sorpresas, acaso no gratas, que nos proporciona el Estado, cuyo dinamismo agresivo nos obliga a no optar por la inhibición.

La verdad es que la política internacional norteamericana en lo que al extremo-oriente atañe, se manifiesta a través de dos síntomas desemejantes, unas veces es el inmovilismo, otras la improvisación y esta última inclinación, puede conducirnos a peligrosas aventuras y hundirnos en el peligroso terreno de las contradicciones, que tanto minan el prestigio de quien las padece, aun siendo un Estado poderoso y bien intencionado, como es el caso de Norteamérica.

De ese díptico, que puede conducirnos a un peligroso tríptico, por cuanto del inmovilismo y de la improvisación, puede brotar la aventura, nos ofrece adecuado *test* un análisis sumario de la política internacional norteamericana, respecto de China y de sus islas adyacentes, próximas o separa-

das por la interposición de un brazo de mar, ancho de 350 kilómetros.

En su discurso inaugural —2 febrero 1953—Eisenhower reprocha a la Administración demócrata el haber practicado una política internacional que entregaba la iniciativa a Rusia, posibilitando el empleo de la «guerra fría»; consideraba que era preciso sumir al Kremlin en la zona angustiosa de las conjeturas, invertir la encarnación de las iniciativas y articular la política internacional norteamericana, con un margen adecuado y una elasticidad evidente, para así generar la desorientación de la U. R. S. S. Esta técnica propugnada por Eisenhower, nos parece afortunada, en el sentido de que se sugiere manipular adecuadamente los dos elementos integrantes de toda política internacional, en lo que ésta encierra de necesario e inalterable y de reemplazable y voluntario. Sin embargo, representaba un evidente riesgo la construcción dialéctica de Eisenhower, por cuanto esa propugnada indeterminación de la política internacional norteamericana, cauta y reservada, podía servir de cobijo y excusa a un peligroso episodismo, cuya perniciosa huella ya se había percibido en los años subsiguientes al de 1945.

Ahora bien, lo que Eisenhower propugnaba en 1953, no solamente se olvida en 1955, sino que se reemplaza por su antítesis. Tanto Dulles como Eisenhower, a propósito de la crisis abierta, respecto de Formosa, Pescadores e islas más o menos próximas, no hacían saber que las guerras advienen, más como consecuencia de errores, que por específicos designios intencionales y agresivos. De ahí que el riesgo de guerra disminuya, en la misma medida en que uno de los presuntos beligerantes, anticipe de modo concluyente, su propósito de no permanecer inactivo, en el caso de que se produzcan determinados hechos, con lo cual se reduce visiblemente el área del sistema del riesgo calculado. Si China supiese de antemano, viene a decirnos Foster Dulles, que una agresión atravesando el paralelo 38, desencadenaría la violenta reacción de las fuerzas norteamericanas, acaso la guerra de Corea no hubiese tenido realidad y lo mismo decía Dulles a propósito de Alemania, haciendo notar que esta

nación, si en 1914 y 1939 estimase evidente la intervención norteamericana, alineada con los enemigos del I y de III Reich, no se desencadenarían las dos guerras mundiales. Hoy Eisenhower, anunciando su propósito de proveer a la defensa de Formosa y Pescadores, habría logrado estimular la prudencia del Gobierno de Pekín, sabedor de que un desembarco en Formosa no puede ser realizado desde tierra firme asiática, sin pasar previamente por encima de la VII Flota norteamericana. Es así, como en el corto espacio de dos años, se nos ofrecen dos versiones tan distintas de la política internacional norteamericana. Eisenhower en su Mensaje al Congreso —24 enero 1955— no parece haberse atendido al sistema de las advertencias, previas, serias y conminatorias, ya que en dicho Mensaje hay dos alusiones a problemas decisivos, pero formuladas con una imprecisión sorprendente y difícilmente superable. Se habla de conferir, más bien reforzar, autoridad al Presidente para adoptar medidas tendientes a defender Formosa, Pescadores y «*otras medidas*» «que considere requeridas y apropiadas para asegurar la defensa de Formosa y Pescadores».

¿Cuáles pueden ser esas «*other measures*»? Formular esa pregunta, equivale a vernos sumidos en la perplejidad más angustiada —aquella que se genera por la preexistencia de la vaguedad— y que nace después de leer las palabras entrecomilladas.

En otra parte de su citado Mensaje, Eisenhower solicita del Congreso «*to take into account closely related localities*».

¿Cuáles son esas *closely related localities*? Se trata de Quemoy y Mtsu? Probablemente sí, ya que una enmienda presentada en el Senado, solicitando la eliminación de las palabras «*related positions*» y «*other measures*», es decir, reducir la misión de los Estados Unidos a la defensa de Formosa y Pescadores, fué desechada por 74 votos contra 13. En el Mensaje y en la Resolución, sólo se mencionan *in nomine* Formosa y Pescadores. Así se nos sume en la más profunda perplejidad. ¿Es esa la política internacional, firme y concreta, que formulaban conjuntamente Dulles y Eisenhower? No tornamos más bien al sistema de las imprecisiones, aconsejado por Eisenhower en su Mensaje inaugural de 2

febrero 1953. ¿Es admisible conectar la política internacional de una poderosa nación a esos propósitos imprecisos? Nada tiene de sorprendente que la senadora Margarita Ch. Smith, se pregunte angustiada si lo que se pide en el Mensaje, equivale a una especie de declaración de guerra condicional, significa un ultimátum a China, representa la condena de toda acción de Chiang en tierra firme o quiere decir que los Estados Unidos han dado el primer paso para admitir a China en la O. N. U. y reconocer el régimen de Mao. Lo innegable es que la política internacional norteamericana, a lo largo de esas imprecisiones, de las apuntadas rectificaciones y de adoptar, primero el anverso, desdeñándolo después, para reemplazarlo por el reverso, va perdiendo en coherencia y efectividad, en la misma medida en que acumula zazagueos y contradicciones.

VIII

Es posible, acaso más probable que posible, presumir una réplica a nuestras alegaciones, considerando, que, una vez conocidas esas muestras de desorientación que nos ofrece la Casa Blanca, nada tiene de extraño que en la gran polémica alimentada por los dos destacados protagonistas de la hora presente, la decisión rusa y lo que algunos reputan de concepciones soviéticas a largo plazo, deparen a la U. R. S. S. esta primacía, de que es titular a partir de 1945. Si tal versión fuese indiscutible la deducción a establecer tendría para el mundo libre la condición de catastrófica, ya que en ese duelo polémico desigual, todas las probabilidades de éxito diríanse monopolizadas por la U. R. S. S.; balance siniestro, que en modo alguno hacemos nuestro y tal disentiimiento nos proponemos apoyarlo en consideraciones que tal vez resulten no ser enteramente desdeñables.

Se nos dice: a partir de 1945, la Europa posbélica está sometida a los efectos de la *guerra fría* y como esta es arma específicamente manipulada por Rusia, resultará que al mundo libre, sólo le resta una posibilidad, no ciertamente seductora: el hacer frente, episódica y emergentemente, a los pro-

blemas que genera la iniciativa soviética, tan inclinada a brindar sorpresas; de lo cual se induce que Rusia dispone, en su exclusivo beneficio, de una absoluta libertad de movimientos, no restando al mundo libre otro recurso, que el danzar al son de la balalaika rusa. Para reforzar el argumento se añade que Rusia no apela a ese sistema con el diabólico propósito de atormentar al mundo occidental, sino persiguiendo como designio el provocar el disentiimiento y engendrar la dispersión; en el seno del mundo occidental, acelerando al propio tiempo, lo que la U. R. S. S. reputa de inevitable descomposición del mundo capitalista. Esa técnica tan compleja y de tan difícil comprensión para los exégetas del mundo libre, puede sintetizarse en la conocida versión de Stalin, a cuyo tenor, constituyendo epílogo inevitable el proceso de desarticulación del mundo libre, la U. R. S. S. debe dirigir sus esfuerzos con el designio específico de acelerar ese proceso. Tal proceso, según Stalin, puede abreviarse, si se logra provocar la desarticulación del mercado mundial, se logra segregar ese planeado e inmenso artilugio autártico, integrado por 800 millones de productores-consumidores, se habrá dislocado el mercado internacional, en términos tales, que el mundo capitalista se encontraría situado ante un problema, al cual no podría hacer frente de modo eficiente, ya que privado de esa masa inmensa de consumidores y excluido de la explotación de las primeras materias que el mundo eurásico atesora, inevitablemente, entre el neocolonismo norteamericano (reflejado en el Punto IV del Presidente Truman) y el colonismo europeo de tipo metropolitano, y, como tal, evidente absoluto, estallarí una guerra polémica, que implicaría, a largo plazo, la clara defección de las dos grandes potencias coloniales —Francia e Inglaterra— respecto de los Estados Unidos, penetrando en esa inmensa fisura abierta en el mundo capitalista, el factor corrosivo de la *guerra fría*, táctica esta que se inspira en el constante designio, encaminado a lograr el resquebrajamiento del frente capitalista. Entonces sonaría la hora en el reloj de Moscú, anunciando que había llegado el instante de poner en práctica la técnica de Lenin, inspirada a su vez en las normas de Clausewitz: atacar al enemigo, cuando éste presente signos de acentuada debilidad,

garantía de que una ofensiva, entonces desencadena, lograría pleno éxito, pudiendo hacer nuestras aquellas palabras famosas de Mackinder: llegada esa coyuntura el dominio del mundo, en favor de la gran geocracia, estaría a la vista. Cuadro siniestro y profecía inquietante, especialmente para todos aquellos que no hayan logrado descubrir cuanto hay de refutable en esa construcción, aparentemente temible, pero que, en realidad, examinada adecuadamente, ofrece fisuras dialécticas que como verá el lector, no son de difícil demostración.

Rusia padece las consecuencias de un perceptible espejismo: la experiencia de sus planes quinquenales, y aún dando por cierto —lo que nos parece discutible— el éxito alcanzado mediante la puesta en práctica del sistema de la economía dirigida y prefabricada, no pueden considerarse como similares la específica experiencia rusa y su extensión actual al mundo chino, ya que no es lo mismo actuar al dictado de un poder político autocrático, que ampliar dicha experiencia a otro poder político, que más o menos tarde, acusará su defección respecto de lo que, en esencia, no es más que ambición imperialista rusa. Por reducida que sea la capacidad de visión de los chinos no podrá ocultarse a los gobernantes de Pekín, que, en definitiva, Rusia, retirando provecho de los acuerdos secretos de Yalta (8 enero de 1945), no ha hecho otra cosa que instalarse en Port Arthur, en Dairen, en los ferrocarriles manchurianos y del Este chino y en la parte meridional de la isla Sajalin, así como en las Kuriles, reanudando de ese modo la trayectoria de su imperialismo panasiático, de la época zarista, truncada por las disposiciones, hoy anuladas, del Tratado de Portsmouth —5 septiembre 1905—. O, lo que es lo mismo, que China al liberarse del imperialismo nipónico, no ha hecho otra cosa que someterse a su reemplazante (el imperialismo soviético).

A lo que precede es preciso añadir otras consideraciones, que acaso impliquen un fortalecimiento de nuestra tesis, disidente respecto de esa otra versión tan difundida. Rusia, desde 1945, más sucesiva que coetáneamente, viene manipulando una variada serie de procedimientos tácticos, todos ellos orientados hacia un coincidente fin: lograr que la preeminencia potencial de Rusia, se transforme en actual. Así la U. R. S. S.

manipula los siguientes instrumentos: guerra fría, paz fría y ofensivas de paz, todas ellas artilugios destinados a lograr la realización de un invariable designio, pese a su rotulación desemejante. La precedente afirmación, nos induce a plantear el siguiente problema: la guerra fría, la paz fría y las ofensivas de paz, ¿son efectivamente medios instrumentales de acción ofensiva, que se manipulan, con entera libertad, según lo aconsejan las circunstancias?, o, por el contrario, ¿sólo se emplean en la medida en que lo permite la condicionada libertad de movimientos de quienes esgrimen esas armas, sin que su empleo, sucesivo o simultáneo, afecte para nada a la fortaleza del sistema ofensivo ruso? En vez de ofrecer al lector una respuesta, que por no ser justificada, resultaría recusable, preferimos inquirir respecto del significado específico de cada uno de esos instrumentos destinado a torpedear al mundo capitalista.

Se nos dice: la *guerra fría* persigue un claro objetivo: no sólo provocar, sino acentuar las disparidades existentes en el seno del mundo libre, adscribiéndose Rusia, de modo inmediato y sin perjuicio de ulteriores y radicales rectificaciones, a una de las tesis disidentes, para estimular de ese modo a quién las sustentan y seccionar, por ese procedimiento, el frente polémico del mundo extrasoviético. En contraste con la *guerra fría*, las *ofensivas de paz*, no se dirigen a los que integran grupos no inclinados a la práctica de una especie de criptocomunismo, sino en primer término a los quintacolumnistas al servicio de Rusia y a esos otros sectores vacilantes, indeterminados, sin límite preciso, en cierto modo próximos a la tesis comunista, que sin embargo no comparten oficialmente. En una palabra, las ofensivas de paz tienden a lograr una nueva edición de los que, en 1936, fueron los denominados frentes populares.

Resulta, por consiguiente, que la diferencia substancial que se aprecia, en lo que atañe al contenido específico de la *guerra fría* y de las *ofensivas de paz*, es la siguiente: la *guerra fría* persigue como finalidad el provocar resquebrajamientos en el sector integrado por los Estados del mundo libre; en contraste, las *ofensivas de paz*, se montan con un fin de aglutinación, de modo que el escipiente que portan

se pretende utilizar como elemento de conjunción, respeto de esos sectores indefinidos, que de ese modo amplían la zona de resonancia, a donde alcanzan los efectos de la dialéctica moscovita. Ambos sistemas persiguen, por tanto, la misma finalidad: incrementar la sucesión de ciertos elementos, en perjuicio del mundo libre, reduciendo, cada vez más el área de los adeptos incondicionales de este último y fortalecer y ampliar, al propio tiempo y en la misma medida, el área del mundo más o menos oscilante y más o menos afín al imperialismo ruso; en una palabra, incrementar el número de los llamados *compañeros de viaje*.

Hasta aquí las consideraciones aclaratorias de esa maniobra dual, parecen concluyentes e irrefutables. Veamos si sucede lo propio, respecto al otro elemento de acción soviética: la *paz fría*.

La *paz fría* (cold peace), no aparece en la escena internacional en 1945; arranca de la época en que Stalin fallece y se exterioriza con la aparición del proceso político que registra Rusia, a raíz de la muerte del autócrata ruso. Así Malenkov (9 y 15 de marzo de 1953), habla de la posible coexistencia del capitalismo y el comunismo e invita a los Estados Unidos a solucionar, mediante negociaciones, el problema coreano y no opone su veto a la elección del actual Secretario General de las Naciones Unidas. De ese modo, lo que se pretende es mermar la vigencia de la tesis que se basa en la incompatibilidad de dos mundos y lograr así que la planeada y hoy fracasada Comunidad Europea de Defensa pierda su razón de ser, dando así pie a la Asamblea Nacional francesa, para que ésta no ceje en su propósito de hundir irremediablemente el tratado de 27 de mayo de 1952. De lo cual cabe deducir que la *paz fría*, ni es *guerra fría*, ni puede identificarse tampoco con las llamadas *ofensivas de paz*. Unas y otras reacciones se acoplan a lo que permiten las circunstancias, no sólo aquellas que se generan en la esfera internacional, sino ante todo las que nacen en el propio seno de la U. R. S. S. Tanto las *ofensivas de paz*, como la *guerra fría* presuponen la existencia de fortaleza política en quien las propugna; en contraste, la *paz fría* es más cauta, no por que los sucesores de Stalin sean portadores de una

prudencia que Stalin reputaba de innecesaria, sino por que los reemplazantes del fallecido autócrata, advienen al poder a la muerte de este último y lo que era dictadura, más o menos unipersonal, se transforma en régimen tripartito de Gobierno, convertido en bicéfalo, al ser suprimido Beria. Ese proceso de transformación política, que no ha conocido ni tal vez conozca un mediato epílogo, limita acentuadamente la libertad de movimientos de Moscú y al propio tiempo resulta explicable que esa fluidez política, registrada en Rusia, constituya estímulo de resistencia por parte de los Estados satelizados, como lo evidencia la puesta en práctica del sistema de las *purgas*, visiblemente registrada en el área de las satelitizaciones.

Rusia, en contra de lo que se aduce insistentemente, ha sido también alcanzada por el mal de la perplejidad y de la indecisión, achaque ya por nosotros señalado, al estudiar la política internacional de los Estados Unidos. Esta deducción encierra prominente relevancia, ya que si resultase ser afortunada, nos situaría ante un grave problema: que los dos Estados, favorecidos por la alteración en el reparto del poder, engendrada por la guerra de 1941 a 1945, no saben de manera cierta hacia donde se orientan sus respectivas políticas internacionales y en esta etapa de indeterminación que estamos viviendo actualmente, nada tendría de extraño, que, incluso sin proponérselo los dos grandes protagonistas posbélicos, nos encontrásemos un día sorprendentemente situados ante un hecho consumado irreparable, que sería, ni más ni menos, que la tercera guerra mundial, cuya gravedad, aparte de lo que implicaría en sí misma tal pugna, radicaría sobre todo en la evidencia de que ninguno de los posibles grandes beligerantes, sabría exactamente hacia donde se encaminaba, ni lo que pudiera suceder en el caso una más o menos problemática victoria.

¿Es que el mundo libre y especialmente la Europa occidental, ha de asistir anhelante y como espectador marginal y paralizado, al proceso que puede conducirnos a la catástrofe, como único epílogo posible? ¿No percibe el lector cómo a lo largo de estas interrogantes va perdiendo vigencia

la doctrina de la antítesis Washington-Moscú? Por que una antítesis no puede registrarse, sin la preexistencia de dos sujetos discrepantes, que pisan la misma superficie polémica, sabiendo cada uno de ambos, cual la especifica versión y por que trata de imponerla.

Todo lo cual debe llevar al ánimo de la Europa occidental la impresión, acaso confortadora, que si las circunstancias fácticas han colocado en plano preferente a Rusia y a los Estados Unidos, ni una, ni otra nación, ha evidenciado hasta el presente, de modo pleno, hallarse en condiciones de reemplazar el viejo protagonismo de la Europa occidental, adaptándolo a la nueva situación. Es como una invitación indirecta a Europa, para que el viejo mundo, aliente la esperanza de que al pasar la hegemonía a otras manos, esa transferencia no ha contado con el complemento de la capacidad directiva y encauzadora de quien es beneficiario de la misma. Es ahí donde debe centrarse toda la capacidad de penetración de Europa y no malgastar la presente coyuntura, adentrándose en la práctica de bizantinismos, que suenan como el canto funerario de la Europa postergada. Es igualmente imprescindible que Europa no prolongue más este período de indecisión, en espera de que la Asamblea Nacional francesa, a través de regateos y distingos, paralice la puesta en marcha de una Europa, más o menos acentuadamente integrada. Sería injusto achacar la responsabilidad de lo que está sucediendo, solamente a la Asamblea Nacional francesa, ya que también alcanza a cuantos, desde la signatura del Tratado de 27 de mayo de 1952, están a merced de las dilaciones francesas, con lo cual dan a entender a Francia, que sin su preciso e insustituible concurso, no es posible terminar con la actual y virtual indefensión de la Europa libre, valoración que Francia explicablemente explota, ya que en el peor de los casos, aun a costa de una política internacional entorpecedora, vive la ilusión de que su dirigismo se prolonga y que ella es el muelle real de la proyectada máquina europea. Todo esto resulta tan evidente, que no acertamos a explicarnos como aun no ha asomado una voz, que propugne la conveniencia de pensar si Europa no puede fortalecerse, sin la cooperación de Francia. Es hora de pres-

tar atención a este extremo; si así fuese acaso podríamos considerar esa tesis revisionista, como síntoma de que Europa iniciaba el camino que pudiera conducirla al posible rescate de su perdido, pero no definitivamente enajenado, protagonismo.

CAMILO BARCIA TRELLES

CATEDRÁTICO
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO